

Introducción

Ramón Villares

La historia construida por los historiadores, esto es, la historiografía, ha vivido el año 1994 con alguna mayor tranquilidad que en años inmediatamente anteriores, repletos de aniversarios, conmemoraciones y mudanzas que, como diría Alcalá Galiano, han «dejado molido» el mundo. Baste pensar en el año 1989 como ocasión para la celebración de un bicentenario de un acontecimiento forjador del mundo actual, aunque súbitamente haya quedado diluido -¡signo de la velocidad de los tiempos que corren!- por los efectos de la caída del muro, hasta el punto de que casi haya pasado inadvertido el periodo más crucial de la revolución, como fueron el año II y la reacción de Thermidor. Y en el ámbito más cercano de nuestra común cultura iberoamericana., el año 1992 también aportó granados, si bien tampoco muy fecundos, frutos historiográficos. El año 1994, que acabamos de cerrar, ha sido un periodo de cierta calma historiográfica, alguna reflexión original y mucha repetición obsesiva sobre nuestra memoria de la historia del siglo XX y de sus catástrofes. Y también de nuestros propios complejos y desviaciones culturales, alentados por una mala conciencia que malamente se expresa con ese comportamiento de aspiración canónica de ser «políticamente correcto».

Una necesidad de exorcizar viejos fantasmas también ha arribado a los confines de la historiografía. Pues las celebraciones recientes de la liberación del campo de Auschwitz, o la taquillera película de Spielberg sobre la figura de Oskar Schindler, no han contribuido sino a integrar en nuestro universo de la realidad «mediática», en la

que, por veces, habitamos, uno de los hechos más sobresalientes del siglo: el fascismo como expresión de intolerancia, de opresión de hombres y pueblos, de irracionalismo de efectos tan devastadores moralmente como sorprendentemente modernos en sus manifestaciones, que, a pesar de todo, pueden ser digeridos, e incluso justificados, por nuestra sociedad poscapitalista. Pensemos en la posición del Mitterrand de la época de Vichy o en los acontecimientos italianos de todo el año pasado, que nos recuerda más adelante Crainz. Ha sobrevenido, sin apenas darnos cuenta, un desvelamiento de tabúes o, dicho más crudamente, una constatación de un supuesto pecado original transgresor de nuestra convencional virginidad.

Quizá por eso la mejor obra que reúne los requisitos precisos para convertirse en libro de referencia del año pasado sea The Age of Extremes, de Eric J. Hobsbawm, por su capacidad -largamente reconocida- de ofrecer una interpretación global de nuestra última centuria con un leit motiv conductor de su argumentación basado, precisamente, en el reconocimiento de nuestro siglo bajo el signo de la catástrofe y, por ende, de un cierto fracaso colectivo. Quizá no sea para tanto, pues, visto de otro modo, también éste ha sido el siglo de la liberación de media humanidad de los umbrales medievales en que vivía, como el propio Hobsbawm no deja de reconocer, y ha conocido este «corto» siglo XX una extraordinaria «edad de oro» en los años cincuenta y sesenta.

y de algunos puntos centrales de esos «extremos» que caracterizan el siglo actual se ocupan los ensayos introductorios de este número de AYER. Pues tanto la reflexión de Haupt sobre la historia social alemana, que toma aliento de los efectos de 1989, esto es, del fin del siglo XX en la propuesta de Hobsbawm, como los artículos de Crainz y Costa Pinto inciden sobre un aspecto fundamental: ¿cómo ha influido en nuestra conducta presente la experiencia de la época de entreguerras? Sea el caso de la fundación de la Italia republicana, hoy ampliamente puesta en cuestión, sea el papel jugado por un cierto revival de los fascismos a la procura de un lugar al sol en esta era de pensamiento confuso, débil y, en consecuencia, banalizador. La memoria es la palabra clave. Y, sin embargo, estamos en un momento histórico poco amante de la historia, del pasado que nos diferencia como especie y nos permite pensar en el futuro. La laminación de la memoria se hace, precisamente, abusando de su uso, haciendo de su exceso avasallador un instrumento inútil. El «surco de

la memoria», para decirlo con Lledó, germina de un modo anárquico, sin atenerse a razones. Es obvio que la cultura actual y sus perplejidades están llamando a puertas que los historiadores deberíamos abrir. La pregunta es si realmente tenemos alguna llave en la mano.

La respuesta es que, al menos parcialmente, disponemos de algunas herramientas, pero no siempre nos damos cuenta cabal de ello. Basta ver buena parte de la producción historiográfica reciente para observar que hay algunos temas recurrentes: las relaciones entre los pueblos, las manifestaciones nacionales, la curiosidad por los regímenes autoritarios y una cierta tendencia a recurrir a las figuras individuales para explicar el curso de la historia. Sin apenas darnos cuenta, los historiadores estamos dando una visión del pasado que poco o nada tiene que ver con la de hace diez años. Luego, la historiografía está más en la «onda» de lo que ella misma es capaz de suponer. Quizá no sea éste más que un modesto consuelo.

Un breve repaso por la actualidad historiográfica y por las preferencias o gustos de los consumidores de historia podría ayudarnos a fundamentar este diagnóstico. A fines del año 1994 el Times Literary Supplement (TLS) solicitó de treinta y tres escritores, generalmente colaboradores suyos, una selección de los libros del año que, a su juicio, más los hubieran impresionado. La presencia de historiadores y, en general, científicos sociales entre los encuestados es minoritaria (la figura de Weber sería la más relevante), pero la tendencia parece evidente. Entre los libros que podemos considerar propiamente historiográficos, o bien se señalan obras de historia social (Porter) o de metodología (Thuillier/Tulard), o bien se centra el interés en libros como el de Fest sobre el camino seguido hasta la conjura contra Hitler en 1944. Estas preferencias también parecen ser las predominantes en una valoración más general que, relativa al conjunto de las universidades británicas, publicaba en el verano pasado la revista History Today. Los gustos de los estudiantes se centran, a juicio de algunos profesores consultados, en la historia social y cultural, las guerras mundiales, el nazismo y, por descontado, las «nuevas historias» servidas en «viejos odres», como son las historias de género. De este estado de cosas, no siempre perceptibles para nuestra retina, más acostumbrada a la lontananza y a la luz difusa de los horizontes lejanos que nunca conseguimos atrapar, es de lo que hemos querido dar cuenta.

*El formato de este número de la revista no se aparta apenas del diseñado por otros coordinadores para las cuatro entregas precedentes sobre esta misma materia. Se compone de una parte introductoria de carácter un poco más general sobre problemas historiográficos concretos y, de forma extensa, de un número razonablemente elevado de recensiones X noticias breves, no siempre de confines claros. La elección de los temas **Yá** ha sido parcialmente explicada, al considerar como especialmente definitorio del año 1994 esta suerte de reviva} sobre los fascismos y sus consecuencias sobre nuestro presente. Bien es verdad que ello no es todo, y que el conjunto de los libros seleccionados para su comentario o noticia no se atiene estrictamente a esta consideración. Pero entre las opciones posibles, ésta parecía la más congruente.*

*La elección de los autores viene determinada, además, por la consideración de dar cabida a voces historiográficas nuevas o que abordan campos menos atendidos en otros números anteriores. Vistos en su conjunto, los cinco números de la revista que **Yá** se han ocupado de este repaso historiográfico anual presentan un resultado bastante equilibrado, pero, frente a la superior presencia de autores y reflexiones de procedencia hispana o anglo-francesa, se ha optado por otros ámbitos historiográficos no menos vitales en la actualidad, como son el portugués, italiano y alemán. Lamentablemente, la intención de dar cuenta de algunos aspectos de la historiografía de la Europa oriental no pudo ser satisfecha, de modo que la dejamos como causa pendiente para años venideros.*

*En lo que respecta a la selección de libros recensionados, no me reiteraré en protestas, **Yá** sabidas, de dificultades de acceso a ciertas obras extranjeras, de ignorancia de muchas otras y de imposibilidad de hallar el glosario adecuado. Me contentaría con que se admitiese que, si bien no están todos los que son, sí que son todos los que están. El resultado final es uno de los posibles, y de su mérito o desacuerdo no me cumple a mí hacer valoraciones, sino sólo, que **Yá** es bastante, asumir responsabilidades.*

*A pesar de todas estas limitaciones debo advertir que este número de **AVER** es el fruto de un amplio trabajo colectivo en el que se mezclan sugerencias de muchos colegas, sesgos -no queridos, desde luego- del coordinador y aportaciones, también variadas, de muchos contemporaneistas a los que mis demandas de colaboración debieron de parecer algunas veces algo extemporáneas y urgentes más*

por Cronos que por Clío. Mi agradecimiento a todos ellos, firmantes o no de las recensiones y noticias que aquí se publican. Gratitud expresa debo de manifestar hacia mis colegas de esta Universidad, Justo G. Beramendi, X. Balboa y Lourenzo F. Prieto, por su ayuda material e intelectual en la preparación de este trabajo, aunque debo mencionar de modo especial la labor de X. M. Núñez Seixas, por su empeño, felizmente conseguido, de incorporar debidamente a este número la historiografía en lengua alemana.